

LOS GOCES : ARTE Y PORNOGRAFÍA

Arturo Horacio Cuervo

UNLP

Introducción

El título de la siguiente ponencia no parte de intentar definir el arte o la pornografía. Se trata de reflexionar sobre los efectos de ambos productos. Partimos de la idea de que ambos promueven un goce. Nuestra tesis consiste en sostener que no son goces diferentes pues obedecen al mismo mecanismo y que se diferencian por sus contenidos.

Una ironía: una lectura literal

Se sabe que la ironía es una frase que dice dos cosas opuestas. Nuestra reflexión deja en suspenso una ironía de Adorno sobre el goce estético. Nosotros leeremos la ironía con ingenuidad, es decir, somos inocentes. Adorno rechaza, en su *Teoría estética*, el término 'goce estético', cuando teoriza el concepto de arte. En este texto señala que:

“La experiencia artística sólo es autónoma cuando rechaza el paladeo y el goce. El camino hacia ello atraviesa el hito del desinterés; la emancipación del arte respecto de los productos de la cocina y la pornografía es irrevocable.”¹

De este modo el goce es un resto espurio en el arte, si este es autónomo. No nos interesa en nuestro trabajo las consecuencias de este rechazo; sino cómo es enunciado tal rechazo. Adorno sostiene de modo satírico que si se acepta que el arte no se diferencia del paladear y del goce, es decir, si el goce, el arte y el paladeo son indisolubles, entonces esta indiferenciación produce un efecto que consiste en la no separación del arte de la *pornografía* y la *gastronomía*. ¿Cómo es esto posible? Potenciamos la ironía hasta una situación paradójica insostenible: ¿Significa que si gozo de un texto como *La Ilíada*, entonces hay algo de oculta pornografía en mi gozar e inmediatamente Homero es un pornógrafo? ¿Qué habría en esta obra de gastronómico? Homero cocinero y pornógrafo no estaría mal para un relato sadiano, pero nos cuesta comprender la cólera de Aquiles como el enojo despertado por una mujer y no por la relación entre el honor y las reglas que imperan entre los guerreros.

Esta extraña juntura nos invita a reflexionar no sobre los gustos gastronómicos y sobre la posible perversidad de Hornero, sino sobre la relación entre el arte y el goce.

El arte y los goces

Contra el rechazo del goce en el arte, Jauss, en su texto *El placer estético y las experiencias básicas de la poiesis, la aisthesis y la catarsis*, toma partido por el goce en el arte. Jauss quiere volver a inscribir el goce en el campo de la estética; pero señalando que el goce que se obtiene remite a tres instancias de la obra de arte.

La primera es la *poiesis* en donde la ganancia de placer se da en la elaboración de la obra de arte. La segunda instancia es la recepción de la obra, la *aisthesis*, que permite gozar de la obra por modificación imaginaria de la realidad. Por último, la identificación a las normas de conducta prescritas en la obra la existencia; a esta identificación la denomina catarsis.

Observemos que las tres instancias, que no deben ser entendidas como una jerarquía, implican la elaboración de un saber posibilitado por el goce estético, es decir, que no se trata de mera ganancia de placer por parte poeta o por parte del lector o del espectador. Ciertamente no se trata de un saber formalizable, sin embargo, ¿por qué las tres instancias suponen un goce? Efectivamente, la recuperación de la noción de goce en el campo del arte no invalida la extraña adjunción realizada por Adorno. Al contrario, problematiza la noción misma de goce. Ya no se trata de un solo del goce estético, sino de goces. Aún así nuestra intención es poder encontrar al menos un rasgo en común en el concepto de goce que englobe las distintas acepciones.

Volvamos nuevamente al texto de Jauss. Él realiza en el texto una serie de puntuaciones sobre la noción de goce estético. Distingue, siguiendo a Kant, entre un placer primario y el placer estético:

“Mientras en el placer elemental el yo se anula y el placer, mientras dura, se basta a sí mismo y no tiene relación con el resto de la vida, el placer estético necesita un momento más: el acto de adoptar una postura, que deja de lado la existencia del objeto, convirtiéndolo así en objeto estético.”²

Este plus del placer, del goce implica que tanto el sujeto como el objeto se desrealizan. ¿Pero se opone esto al goce en lo pornográfico? No. La pornografía tiene también tres momentos: la producción del relato, la recepción del relato y la identificación con ciertas normas de conducta. Efectivamente el término pornográfico surge como relato

acerca de la prostitución, y por lo tanto, los tres momentos de Jauss no lo excluyen. Y se inscriben en la fórmula con que Jauss sintetiza el placer estético:

“Este interés estético se explica por el hecho de que el sujeto –en la medida que hace uso de su libertad para adoptar una postura frente al objeto irreal–es capaz de disfrutar tanto el objeto que le va mostrando progresivamente su placer, como del sí mismo, que, al ejercer esta actividad, se siente liberado de su existencia cotidiana. El placer estético, se produce siempre en la relación dialéctica de la autosatisfacción en la satisfacción ajena.”³

Obviamente estamos ante un problema. Definir el goce estético como la autosatisfacción en la satisfacción ajena nos trae de vuelta a la ironía adorniana. Efectivamente lo que señala Jauss es tan sólo el modo en que un sujeto goza por una mediatización simbólica. Lo interesante de la reflexión de Jauss es señalar que el goce del cuerpo propio no necesita de símbolos, pero para gozar de la satisfacción ajena es condición necesaria lo simbólico.

No es ni la intención de Jauss ni la nuestra sostener la equivalencia entre el goce estético y el goce pornográfico. No somos tan posmodernos. Hemos señalado el mecanismo por el cual se obtiene el placer, pero podemos diferenciar los goces por su temática. Sí, es posible hacerlo; pero unificaríamos la idea de goce y la definición de goce recaería sobre el contenido y no sobre el efecto que produce el mismo. Como consecuencia excluiríamos el goce del campo de la estética.

Esto último nos señala una vía para poder hablar del goce. Enunciamos la siguiente fórmula:

No hay goce estético, ni goce pornográfico. Sólo hay goce.

Es decir que hay goce en tanto mecanismo, no hay goce en tanto contenido. Hay goce por producir, por recibir, por identificarse. Con un lenguaje más aristotélico: hay goce por la poiesis, aisthesis y la catarsis. En este sentido podemos pensar los términos aristotélicos como la estructura del sujeto.

Concupiscentia oculorum

Jauss indica una referencia agustiniana de *Las confesiones*. Allí Agustín señala que la mirada implica la dos referencias. Un buen uso de la mirada es cuando se dirige hacia Dios, un mal uso cuando la mirada se dirige hacia el mundo.

“Por aquí se advierte muy claramente cuándo se busca el placer, cuándo la curiosidad por medio de los sentidos; porque el deleite busca las cosas hermosas, sonoras, suaves, gustosas y blandas; la curiosidad, en cambio,

busca aun cosas contrarias a ésta, no para sufrir molestias, sino por el placer de experimentar y conocer.”⁴

Subrayemos que el placer se obtiene por lo que no es del orden del deleite –cosa que ya había señalado Aristóteles–. La diferencia no se establece por el mecanismo sino por el contenido. Podríamos colocar el deleite en lo artístico y lo pornográfico en el goce de lo monstruoso. Pero la distinción temática no es tan simple: ¿Qué hacer con las obras de Sade, de Miller o de Lamborghini? Dejemos esto de lado, ya que las tipologías siempre encontrarán su excepción que no las confirmará como regla.

Volvamos a los momentos de goce señalados por Jauss. Encontramos en ellos una diferencia radical. La poiesis no es del mismo orden que la aisthesis y la catharsis. Ver la escenificación de algo no es lo mismo que producir una escenificación para que el otro pueda verla. La producción de la escena implica la autosatisfacción pura –con los resguardos de este término–. Ejemplifiquemos esto último: Podemos decir que el escritor goza con su mano (cuando el escritor garabatea las letras sobre el papel –aunque algunos teclean sobre la pantalla–), el lector sólo goza con su mirada.

Hemos desembocado lentamente en una de las zonas erógenas en donde se enlaza la pulsión sexual y sobre la que Jacques Lacan ha reflexionado, a saber: la mirada.

Pero digamos rápidamente que remite a lo que Lacan llama *objeto a*. Este objeto no es del orden de lo enunciable, delimita lo posible de decir. El goce no es del orden de lo discursivo, pero sólo a partir de los discursos podemos gozar: ya sea produciendo, recibiendo identificándonos o rechazándolo.

Hemos dicho más arriba que podemos pensar los términos aristotélicos como la estructura del sujeto y no de una explicación estética. Debemos corregir esta afirmación y decir: los términos aristotélicos remiten a la estructura del sujeto entendida como estética... como estética trascendental.

Notas

¹ Adorno, Theodor W., (1983), *Teoría estética*, Barcelona, Hyspamérica, p. 24.

² Jauss, Hans Robert, (1992), *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Madrid, Taurus, p. 71.

³ Jauss, Hans Robert, (1992), *Op. cit.*, p. 71.

⁴ San Agustín, (1979), “Las Confesiones”, *Obras de San Agustín*, Madrid, BAC, t. II, p.439.